

SOBRE LOS REFLEJOS DEL ANDAR Y EL VER.**UN ESBOZO DE LECTURA DEL GÉNERO DE LA LITERATURA DE VIAJES**

Karla Elisa Morales Vargas

Estudiante de Doctorado en Letras Mexicanas
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNAM

¡Asombrosos viajeros! ¡Cuántas historias leemos en sus
ojos profundos como mares!
Muéstrénnos los estuches de sus ricas memorias,
maravillosas joyas de astros y éter.
Le voyage, Charles Baudelaire

POR QUÉ HABLAR SOBRE EL VIAJE

Ernst Bloch escribe en *El principio esperanza* que “la dicha del viaje es, en todo caso, y sigue siendo siempre, una escapada temporal sin exigencias posteriores del sitio acostumbrado, cambio de actitud radical sin coacción externa”. Más adelante continúa diciendo: “el placer del viaje no sólo renueva la expectativa, antes de emprender el camino, sino que lo hace también en medio del goce del mirar”.¹ Y es que el viaje ha sido siempre el ritual por antonomasia para saciar la monotonía de la rutina, el acertijo perfecto para inventar la curiosidad y enmendar los abismos del ocio; ha sido igualmente el acto, el fenómeno, la idea por medio de la cual el hombre supo de otros mundos, de otros seres, de otras realidades, y estableció así las fronteras que demarcarían los inicios y términos de un territorio, los caminos que habrían de comunicarlos entre sí, y que habrían de unir, por consiguiente, diversos tipos de culturas, regiones, lenguajes, formas de ver el mundo, etcétera.

Viajar conduce inevitablemente a transcurrir entre interiores y exteriores; entre adentros y afueras, geográficos, humanos, culturales... Este constante recorrido se torna en el derrotero esencial del viaje: un estar en constante movimiento, ir y venir de una cultura a otra; partir del puerto con la ignorancia de saber lo que esconden las fronteras, y regresar con la certeza de conocer lo que hay detrás de ellas, a sabiendas de haber aventurado la voluntad a los designios de la ruta como si “siempre y en todo momento el hombre fuera encaminado en una vía que partiendo de este mundo, acabara en otro mundo”.² Por tanto:

El hombre ha de confiar en el destino último de su camino, y habrá de esperar, sencillamente, que el itinerario de su vida le conduzca a algún lugar, a algún destino. Y sólo por tal esperanza el hombre podría llevar una vida humana libre. Más aún: poseyendo esta esperanza que, en principio, se funda en la realidad misma del camino, ni siquiera tendrá que presuponer que sólo existe un camino viable: otros podrían ser igualmente válidos; cada cual ha de buscar su camino, explorando diferentes vías, con la esperanza del destino más elevado (Bueno, 2000: 5).

Estas ideas de viajero y ruta, de viaje y camino, “indisociables como los son el andar y el suelo en el que se apoya un pie después de otro”,³ nos recuerdan al *homo viator*, que es la expresión con que se designa “al hombre que viaja; así como el hombre, en la medida en que ríe, recibe el nombre de *homo ridens*, en la medida en que habla, el nombre de *homo loquens*, y en la medida en que construye con sus manos, el nombre de *homo faber*”.⁴ Tal expresión asume pues, la existencia del hombre que está siempre en camino, y que sólo cuando lo está, se objetiva como tal. El viajero entonces, es un *homo viator* por antonomasia al que le está negado detenerse, como si en el movimiento encontrara la verdadera razón del nacimiento: “*homo viator* parece querer decir, en efecto, que el hombre ‘está en camino’, y que sólo cuando está en camino es verdaderamente hombre; más incluso que cuando está en reposo, en su posada”.⁵

Partir, llegar, serán entonces actos infinitos, repetitivos del hombre viajero; “más vale camino que posada”, decía Don Quijote de la Mancha, y es que “el hombre es, ante todo, un caminante; un caminante en tanto ser que se desplaza en el tiempo, y, desde ese desplazamiento temporal percibido como característico de su praxis, es donde busca el camino que pueda ser trazado en el terreno de las cosas terrestres; un camino que sólo puede encontrarse al andar, como pensaba Antonio Machado”.⁶

Ahora bien, ¿por qué hablar sobre viajes y viajeros? Bien dice Fernando del Paso que “la imagen, la idea de viaje, se ha aplicado, como se sabe, a la existencia misma: la vida es un viaje de la infancia a la vejez y la muerte. De la matriz a la tumba —‘from womb to tomb’ como dicen los ingleses—. Un viaje por las cuatro estaciones de la vida, que por lo mismo comienza en la primavera de nuestra edad y acaba en el invierno, con la muerte”.⁷ Viajar es moverse, trasladarse, vivir en la aventura recorriendo cual Odiseo las arbitrariedades de la ruta en la que transitamos; es confinar la existencia a la posibilidad de un constante cambio. “Una de las innovaciones del viaje —pensaba Bloch— puede ser, incluso, que haga extraño también lo acostumbrado en el lugar de origen”,⁸ y es que finalmente lo que se busca es el poder de renovación a través de lo sorprendente y maravilloso de la vida. De ahí la particularidad de tantos viajes, quizá la diversa significación de los mismos.

Y en este sentido, quizá se podría aventurar una breve tipología: el *viaje ascético*, por ejemplo, que piensa la purificación del alma, en medio de su constante ascenso a la perfección. Ejemplos de ello podrían hallarse en los epicúreos, de los primeros siglos de nuestra era, así como en la mística, en Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Lo que se podría llamar el *viaje alucinógeno*, por su parte, invita al iniciado al convite con las fuerzas del “cosmos”, en donde cuerpo y alma sufren una trasmigración momentánea, “viajan”, por así decirlo, a un estado donde el tiempo no transcurre y el espacio se disuelve en alucinaciones. Esto lo encontramos tanto en los antiguos griegos, a través de los misterios de Eleusis, como en los indígenas del México Prehispánico, e incluso los actuales (los huicholes que viajan, se trasladan, hacia las llanuras desérticas orientales de México para “viajar”) —cabe mencionar también el entorno “viajístico” en el que se desenvuelve y fundamenta la cultura *hippie* en los años sesenta⁹ — Otro tipo podría caracterizarse como el *viaje cotidiano*; ese movimiento, traslado especial sufrido a través de lo largo y ancho de la rutina, implica también una aventura humana rara vez asumida como tal. Para mí, en tanto ritual viajístico, este tipo se significa con toda su importancia, porque es ahí, diremos, donde nace primeramente nuestro interés por hablar del viaje: debajo de ese pequeño traslado diario que lanza al ser humano a fraguar en el transporte público, en las extensas o cortas caminatas al hogar, el episodio por demás memorable del itinerario cotidiano; ése, finalmente, que fue punto inspirador del *Ulises* de Joyce.

De ahí, en términos generales, mi interés por los viajes y viajeros; por los grandes libros que enseñan, a mi juicio, que las mayores maravillas se encuentran caminando en pos de ellas; que no basta con huir al hemisferio opuesto para encontrarlas, hay simplemente que aprender a mirar con los ojos de quien viaja, vive y nace por primera vez.

BREVE CAMINATA POR LOS SENDEROS DEL VIAJE

Desde el inicio de los tiempos, en la Prehistoria, mucho antes de la existencia de las historias como tales (la occidental, la oriental, etcétera), se habla de seres nómadas en busca de espacios propicios para vivir; de caminantes que no contentos con las condiciones espaciales, recorrían largas distancias con el cometido de “encontrar” el lugar ideal para establecerse, para fundar la “especie”, para perpetuarla. Sean mitos o no estas historias, lo que nos interesa decir es que desde ahí, desde ese pasado inhóspito, podríamos comenzar a advertir la idea del “movimiento”, del “recorrido” hacia “otro” lugar, hacia un “nuevo” lugar; y es que durante siglos lo que se ha entendido por “viaje” es justamente eso: el recorrido que se hace de un lugar a otro, el movimiento espacial y temporal al que se somete alguien con una o varias finalidades.

Viajar puede pensarse entonces como la acción de moverse, trasladarse a otro sitio, a otro territorio; aventurarse a la conquista temporal de otro espacio, de otro horizonte, en un intento constante de que exista un conocimiento o reconocimiento de lo “otro”. Ésa es la tarea del viaje y su pertinencia en éste y todos los tiempos; el ser un racimo de incitaciones que invitan a la aventura humana, que mueven al *ser* a una renovación constante, e invocan mediante ella el propio caminar de la historia como tal. He aquí que en la *génesis* que explica cualquiera de las historias que conforman cada una de las culturas existentes en la Tierra, se habla de un viaje, de un recorrido, hasta de un exilio; del ritual itinerante que emprenden uno o más individuos en la búsqueda de la llamada “tierra prometida”. Veremos así la historia de Occidente poblada de una inmensa cantidad de relatos de viajes: desde los que atestiguan los primeros mitos que dieron origen a las diversas civilizaciones y religiones de hoy (por ejemplo, los relatos bíblicos, el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam de Chumayel*, etcétera) hasta los que escribieron los diversos viajeros que cruzaron el mundo, y los que innegablemente siguen escribiendo los que lo cruzan hoy, dentro de la llamada “literatura de viajes”.¹⁰ El viaje ha estado presente desde la antigüedad, y lo seguirá estando mientras exista una cuantiosa diversidad de seres humanos, de territorios, de idiomas, de culturas, de psicologías; mientras “lo conocido” para cada hombre sea insuficiente y exista en su interior la necesidad de ampliarlo; mientras la propia existencia sea un acontecimiento finito y el deseo de perpetrar en ella las “sensaciones” siga existiendo.

Ahora bien, ¿qué lleva al hombre a viajar, a trasladarse, a moverse?, ¿qué motivos oculta dentro de sí mismo el propio fenómeno de viajar?

Quizá pueda decirse que es la búsqueda por la novedad, la posibilidad de *descubrir* mundos, sorpresas, *algo* que en cierta medida se diferencia de lo habitual, de lo que por “costumbre” existe en el interior del espacio y el tiempo que se habitan. Incluso, el viajero hipotético que se desplaza convencido de ir hacia “lo mismo”, descubrirá —quizá a su pesar— que el movimiento lo lleva a “lo otro”... incluido él mismo. Ernst Bloch escribe en *El principio esperanza* que “el viaje persigue, por lo menos, una imagen desiderativa de un bello ser diferente en este punto lejano, una imagen que se hace corpórea en el ambiente extraño con sus maravillas recién contempladas”.¹¹ Viajamos para sorprendernos, para “no enmudecer” dentro de los círculos que la cotidianidad traza de una manera tan silenciosa. Viajamos para respirar “aires distintos”, para darnos aire, para renovarnos. He aquí lo repetitivo del viaje a lo largo de tantos siglos: su exigencia de renovación. Todo viaje trae consigo la *esperanza* de surcar mundos nuevos, de provocar acontecimientos nuevos, por lo tanto, de paliar los estragos que dejan consigo la rutina y el silencio de la costumbre.

La sorpresa, lo nuevo, los mundos en descubrimiento posibilitan la renovación en el ser humano. De ahí el gusto por aventurarse en los viajes, que no es otra cosa sino aventurar el conocimiento. Ese gusto guarda consigo una dimensión de *juego*, como soltar los dados en el cubilete para ver qué depara la fortuna; cómo son golpeados los elementos del azar. Ésa es otra de las características del viaje: su sentido de juego. Johan Huizinga reflexionará en torno al sentido de re-creación que acompaña al juego.¹² El viaje también es un recreo. Un recreo que invita a la re-creación de los mundos en descubrimiento, a la re-creación de los espacios que se dejan y se alejan. El juego también invita al olvido temporal, a jugar a ser extraños en un espacio extraño; de ahí que vivamos con más fervor el ritual de la sorpresa. No es gratuito que al pisar una tierra ajena el inconsciente decida “vivir” de otra forma, enfocarse de otra forma en el tiempo, hacer de otra forma las tareas vitales. Bloch dirá al respecto:

El encanto del viaje se refiere también, desde luego, a una belleza sólo a medias subjetiva, a una belleza, por tanto, recubierta con extrañamiento desde el punto de vista del mero espectador y de la mera imagen desiderativa de la cosa exagerada. En los países extraños nadie es más exótico que el extraño mismo, y por eso el país extraño no está nunca bellamente extrañado, y el oriundo, además de la propia miseria que el viajero entusiasta no ve, tiene él mismo el deseo de lo extraño. El deseo quizá de aquel mundo de donde el viajero entusiasta proviene; todo ello motivado por el deseo subjetivo, común a ambos, de extrañamiento (2004: 429).

Desde esta perspectiva, el viaje nos enfrenta a mundos diferentes del propio, nos enfrenta a nuevos espejos, a espejos de “alteridad”. Todorov señala que “el verdadero viaje es el que se hace con relación a otro, ya sea éste un individuo o una cultura”;¹³ aquel que nos hace reconocernos apenas como los que somos, porque esa acción lúdica de olvidarnos momentáneamente del que somos para imbuirnos de lo “exótico” que se nos presenta en un mundo extraño y diferente, nos convierte en “otros” nuevos seres. El reconocernos como “otro” de los “otros”, nos conduce a los laberintos borgesianos de “siempre ser otro y el mismo”,¹⁴ o, bajo otra formulación, a decir, como diría Rimbaud, *Je suis un autre* (yo es otro).

El enfrentamiento con la alteridad, el recorrido hacia fuera del círculo en el que se mueve la mayoría de las cosas conocidas, la acción lúdica, son algunas de las características que carga el fenómeno del viaje; sin ellas, éste no sería un motor, un impulso de conocimiento, de búsqueda: “espacio del deseo, zona de ensueño, de reflexión, de aventura, de nostalgia o porvenir”, como dirá el argentino Jorge Monteleone.¹⁵

Hay, sin embargo, diversos modos de viaje:

El itinerario clásico, con largas estancias en ciudades-museo, donde el viajero se satura de obras de arte. El viaje hacia escenarios grandiosos y paisajes desconocidos. El viaje exótico: la iniciación en Oriente, el recorrido por culturas ajenas, nacidas en el confín del tiempo. La exploración urbana en las ciudades amadas, que extienden el ámbito privado hasta convertirse en una proyección del individuo. El viaje donde lo imaginario y el ensueño transforman el espacio real. El viaje cuyo móvil es el conocimiento y el aprendizaje de pueblos admirados. Incluso el viaje que conduce al crimen (Monteleone, 1998: 11).¹⁶

Ésta y otras tipologías¹⁷ inducen a los escenarios que plantea y ha planteado el viaje desde épocas inmemoriales. Y es la literatura la que los guarda desde siempre, porque es ella “la zona ideal donde se puede transformar todo *recorrido* en un *discurso*”.¹⁸

Por literatura se entiende, como lo sugiere su raíz etimológica —*littera*—, todo cuanto a las letras se refiere. “Con frecuencia se designa con este término el conjunto de obras literarias producidas por la actividad del hombre en todos los tiempos y en todos los países”.¹⁹ Sea entonces un conglomerado de obras escritas, una carta, un poema; lo que nos interesa resaltar es que la literatura es un camino en donde los periplos humanos cobran y han cobrado importancia a través de los siglos; un camino en donde la imaginación ha creado espejos alternos para que pueda verse la realidad histórica desde otra frontera; un camino, en fin, que traza y da sentido a la vida.

Desde tiempos pasados la literatura ha albergado un conocimiento singular del mundo, la historia, la realidad, los procesos individuales. Ha sido el ámbito de las “confesiones”, las divergencias, los sinsabores, las derrotas; ha cuestionado desde su interior a la sociedad, el medioambiente, la política... Y ha reflejado extraordinariamente los círculos que encierran al alma humana venturosa y gratificada ante la existencia. La vemos así deambular entre rapsodias, epopeyas, poemas épicos, poesía contemporánea, ensayo, cuento, novela, teatro, y entendemos que ella misma, su caminar, es una historia particular del tiempo. Nos da por consiguiente una lectura particular de la vida, una sustancia que la Historia (entendida como historia monumental o historiográfica), no consigue, porque no hay nada que se acerque tanto a la médula del *ser* como lo hace la literatura.

Así la literatura es un recorrido por los avatares de la existencia; un cambio de espacio y de tiempo, una salida de los límites, una búsqueda incesante de lo alterno, una captación de la alteridad, un reducto de novedad y a la vez de extrañamiento, un encuentro siempre con la “belleza”. Aventura su ritmo al ritmo que lleva el tiempo y desde ahí lo abstrae, lo condena, lo eterniza.

Es aquí donde me interesa captar el asunto del viaje. Esa frontera literaria y lingüística de la que nace el relato, la narración, por consiguiente de la que nace el conocimiento o recorrido singular que plantea cada libro. “El relato, la relación, la narración son connaturales al viaje; y, de algún modo, la condición de existencia de un viaje residiría, en parte en la posibilidad de ser narrado”,²⁰ narrado a modo de crónica, de diario íntimo, de relato de exploración o de ficción.

Los libros de viajes son entonces relatos que trabajan como espejos del recorrido que un autor hace a través de un territorio, sea éste real o imaginario. Juegan como cualquier otro relato con el espacio y el tiempo, se mueven en éstos estratégicamente para lograr un resultado en el lector. Finalmente, lo que hace a cualquier relato subsistir a través del tiempo es la posibilidad de ser leído, y que dentro de esta acción se dé un descubrimiento, pues “no hay relato sin descubrimiento”.²¹ Escritura y memoria funcionan dentro de él acompañadas; danzan paulatinamente, unas veces con toques de invención, otras con fidelidad a la realidad para trazar los círculos que promete cualquier narración de viaje.

Monteleone destaca dos rasgos en los relatos de viajes:

El primer rasgo consiste en que ese relato, antes que el espacio particular de un recorrido, corresponde a la imagen particular de un sujeto. “El mundo nos hace ver nuestra imagen”, dice el poema “El viaje” [de Charles Baudelaire]. El relato del viaje se halla enlazado con la serie de múltiples relatos que conforman nuestro mundo imaginario. Pero al mismo tiempo, el sujeto imaginario de ese relato reinventará a la vez el espacio de su recorrido. En ello reside el segundo rasgo (1998: 17).

Estos dos rasgos nos vuelcan de nuevo a la cuestión de la “alteridad” en el viaje: “nos gusta saber —señala Nicholas Gueudeville— qué produce y qué hace la naturaleza, más allá del vasto espacio que separa a un país del nuestro; aspiramos a conocer la calidad de espíritu, la religión, las leyes, las costumbres y los habitantes de una gran cantidad de hombres a los que ni siquiera creemos parecernos, y a los que el gran alejamiento apenas nos permite considerar como individuos de nuestra especie”.²² El viaje pretende ir más allá de las fronteras de uno mismo para conocer “lo otro” que se presenta tan enigmático a los ojos de lo conocido; pretende arribar a naturalezas disímiles y probablemente a mundos inexistentes.

Sin embargo este deseo, habrá que resaltar, sólo lo tienen el sujeto del viaje o el lector de su relato; con esto quiero decir que a pesar de las diferencias que existen en el mundo, entre territorios, fronteras, lenguajes, la imagen de lo “otro” la funda “lo

uno” como proyección: “el sujeto del viaje descubre la imagen del Otro y de lo Otro, pero en él proyecta la imagen de sí mismo”,²³ esto es, lo que quiere ver, lo que quiere sentir, lo que quiere vivir y, “a las sorpresas de uno mismo se unen las sorpresas del país desconocido, de la hermosa y extraña ciudad; incluso sobre lo más mate cae luz, y lo vivo se convierte en figura”.²⁴ El viajero así, en esa acción de cruzar, de trasladarse, de moverse, ya sea dentro de un relato, un diario, una memoria o dentro incluso de la realidad misma, lo que hace es llenar de subjetividad lo que ve, proyectar su propia mirada al paisaje contemplado, provocar que desemboquen en él sus aspiraciones y extrañamientos, su costumbre frente a la nueva realidad expectante.

Este encuentro con lo otro de los relatos de viajes —en general de la literatura de viajes— ha provocado que el género se expanda y subsista a través de los siglos. Su eficacia reside en poder mostrar cartografías escondidas, en acercarlas y hacerlas nuevas todo el tiempo. En fundir en ella médulas vivientes de realidades ajenas, incluso en hacerlas parte inequívoca de ficciones que las ensanchan a nuevos horizontes. Michel de Montaigne decía que la virtud del viaje y de los relatos de viajes consistía en poder “frotar y pulir nuestro cerebro contra el de otra persona”. Y concluía: “no es más que explorando el mundo como se llega más al fondo de uno mismo”.²⁵

Los relatos de viaje son en fin, desde mi punto de vista, búsquedas incesantes de alteridad develada. Anécdotas enriquecidas dispuestas a batirse contra el tiempo, muestras fraccionadas de realidades, estuches de recuerdos, periplos resueltos. Cuentan hallazgos de otro mundo, fundan la historia inventada: la que da cuenta de los huesos y no de la piel; reflejan el paso de los días, los cambios de conciencia, la inexorable finitud del momento; son en sí un momento en constante extinción. Pretenden abstraer las cosas del olvido y marcan así una ruta de recuerdo, de conocimiento, de singularidad. Crean y recrean espacios, funden la cotidianidad con recuerdos y esperanzas, entrecruzan mirada y versión, conspiran y provocan, causan estremecimiento y asombro. Son, en fin, brebajes contra la vejez del tiempo. Habrá solo entonces que sumergirse en ellos, desear viajar y descubrir lo *otro*; perderse en los laberintos del universo que vive detrás de la otra frontera, en el barrio de al lado, debajo de otra lengua... en el mismo jardín.

NOTAS

¹ Ernst Bloch, 2004, *El principio esperanza (I)*, Edición de Francisco Serra, Editorial Trotta, Madrid, pp. 425-426.

² Gustavo Bueno, “Homo Viator. El viaje y el camino”, Prólogo a Pedro Pisa, *Caminos Reales de Asturias*, Pentalfa, Oviedo, 2000. p. 5.

³ *Ibidem*, p. 11

⁴ *Ídem*.

⁵ *Ibidem*, p. 18

⁶ *Ibidem*, p. 17.

⁷ Fernando del Paso, *Viaje alrededor de Quijote*, FCE, México, 2004, p. 51.

⁸ Ernst Bloch, 2004, p. 429.

⁹ Hay para el caso una cantidad importante de obras literarias que dan cuenta de esto, que va desde el género denominado *beatnik* (asociado a los movimientos de contracultura de Estados Unidos de los 60') hasta la que ha sido interés de Carlos Castañeda y más recientemente del chiapaneco-oaxaqueño Leonardo Da Jandra por citar sólo algunos.

¹⁰ Aunque la "literatura de viajes" propiamente dicha pueda plantearnos una innumerable cantidad de problemas hermenéuticos, que tienen que ver con las distintas ramas de estudio a las que un "libro de viajes" da lugar, denominaremos muy genéricamente con este nombre al conjunto de obras literarias escritas a partir de un viaje, o en las que el viaje es el nodo central del argumento narrativo. "La primera expansión del libro de viajes —dice Tatiana Escobar— se ubica en la época inmediata a la gran era de las exploraciones europeas, y para muchos críticos su edad de oro tuvo lugar entre la segunda mitad del s. XIX y el periodo de entreguerras. Ciertamente o no, la escritura de viajes sigue siendo un género necesariamente ligado a los tiempos y pueblos que han entendido el arte de viajar y la comprensión de lo extranjero como un rasgo fundamental de su cultura" (Escobar, 2002: 35).

¹¹ Ernst Bloch, 2004, p. 430.

¹² Cfr. *Homo ludens*, particularmente "El juego como proceso", en donde Huizinga reflexionará en torno al juego como posibilidad ontológica de "desplazarse" hacia otros mundos, de estar en un estado de continua inestabilidad o volatilidad. (Huizinga, 1998: 29-48). Asimismo, existen otros autores contemporáneos que hacen estudios importantes sobre la noción de juego y su correlación con las temáticas del viaje. Como ejemplos podríamos citar a Hans-Georg Gadamer, quien dice que el juego es un acontecimiento que (al igual que el arte) se transforma o que viaja, por así decirlo, a través de la historia de la tradición, siendo constantemente "otro" (Crf., 1999: 143-159). Eugen Fink, por su parte, también nos da cuenta de ese carácter multidimensional del juego, al hablar de la coexistencia y multiplicidad de diferentes "mundos lúdicos" que nos transfieren hacia distintos escenarios y distintos "paisajes" ontológicos. El juego, en este sentido, es la oportunidad para "viajar" por otros mundos (Crf., 1996: 17-24)

¹³ Tzvetan Todorov, 1991, *Nosotros y los otros*, s. XXI, México.

¹⁴ Borges plantea en la mayor parte de su narrativa, entre otras cosas, la idea de la "otredad". El hombre —pareciera decirnos—, es un ser que carga con otros seres dentro de sí; que lucha por encontrar al verdadero, ya sea al que interactúa en la realidad o al que la niega desde esa

realidad. Cfr., por ejemplo, “El jardín de los senderos que se bifurcan”, o “Pierre Menard, autor del Quijote”, entre otros, 1985, en *Ficciones*, Editorial Planeta-De Agostini, Barcelona.

- ¹⁵ Jorge Monteleone, 1998, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*, El Ateneo, Buenos Aires, p. 12.
- ¹⁶ Cabe la aclaración en este punto de que los movimientos humanos como el exilio y el fenómeno de la migración no están siendo tocados este ensayo. He de decir que la problemática que ambos eventos desprenden son de mi interés para un posible trabajo posterior: ¿son el exilio o la migración “viajes” para la literatura de viajes?, ¿hasta qué punto un fenómeno que implica un desplazamiento por necesidades económicas, por disidencias políticas, por conflictos religiosos, etcétera, implica también una exploración que conduce al descubrimiento, un encuentro con lo “nuevo”, lo “diferente”: lo “otro”; asimismo un encuentro con “la maravilla”, la sorpresa, el juego? Estas y otras preguntas son puntos a problematizar dentro de los estudios posteriores sobre el género y que merecerían una cuidadosa reflexión.
- ¹⁷ Tzvetan Todorov señala, por su lado, la existencia de diversas clases de viajeros, entre los que destacan: 1. El asimilador, 2. El aprovechado, 3. El turista, 4. El impresionista, 5. El asimilado, 6. El éxota, 7. El exiliado, 8. El alegorista, 9. El desengañado, 10. El filósofo. Cada uno de ellos aparece, en el texto, caracterizado de modo singular, cosa que permite diferenciar a unos de otros (1991: 386-396).
- ¹⁸ Monteleone (1998: 11).
- ¹⁹ Francisco Montes de Oca, 1991, *Teoría y técnica de la literatura*, Ed. Porrúa, México, p. 10.
- ²⁰ Monteleone (1998: 14).
- ²¹ *Ibidem*, p. 17.
- ²² Cfr. Todorov (1991: 313).
- ²³ Monteleone, (1998: 17- 18).
- ²⁴ Bloch (2004: 427).
- ²⁵ Michel de Montaigne, 1949, *Ensayos escogidos*, prólogo, selección y traducción de Manuel Granell, Espasa-Calpe, Argentina, I, 26, p. 1152.

BIBLIOGRAFÍA

- Bloch, Ernst, 2004, *El principio esperanza I*, (Edición de Francisco Serra), editorial Trotta, Madrid.
- Bueno, Gustavo, 2000, “Homo Viator. El viaje y el camino”, Prólogo a Pedro Pisa, en *Caminos Reales de Asturias*, Pentalfa, Oviedo.
- Beristáin, Helena, 2003, *Diccionario de retórica y poética*, Editorial Porrúa, México.
- De Montaigne, Michel, 1949, *Ensayos escogidos*, cáp. I, núm. 26, (prólogo, selección y traducción de Manuel Granell), Espasa-Calpe, Argentina.

- Del Paso, Fernando, 2004, *Viaje alrededor de Quijote*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Escobar, Tatiana, 2002, *Sin domicilio fijo*, Paidós, México.
- Fink, Eugen, 1966, *El oasis de la felicidad*, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, México.
- Gadamer, Hans-Georg, 1999, *Verdad y método I*, Ediciones Sígueme, Salamanca.
- Huizinga, Johan, 1998, *Homo ludens*, Cátedra, Madrid.
- Monteleone, Jorge, 1998, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*, El ateneo, Buenos Aires.
- Montémont, 1847, *Voyages nouveaux par mer et par terre, effectués ou publiés de 1837 à 1847 dans les diverses parties du monde*, t. I, A. René, Paris.
- Montes de Oca, Francisco, 1991, *Teoría y técnica de la literatura*, Editorial Porrúa, México.
- Todorov, Tzvetan, 1991, *Nosotros y los otros*, Siglo Veintiuno Editores, México.